

Historia

LA HISTORIA DE UN INTELECTUAL CONVERTIDO

EN EL XVI CENTENARIO DE SAN
AGUSTIN.-

El próximo 13 de Noviembre se cumple el XVI Centenario del nacimiento de San Agustín.

En el coro de homenajes al más esclarecido de los genios católicos, SIC ofrece, modestamente, este breve ensayo sobre la lección modernísima de sus desvaríos juveniles y de su conversión a Dios.

En la ciudad de Burgos y en el año de 1933 practicó los Santos Ejercicios de San Ignacio, bajo la dirección del R. P. José Zameza, S. J., el insigne poeta Don Manuel Machado, hermano del no menos ilustre poeta Don Antonio Machado.

Vivió entonces Don Manuel días de intenso ascetismo, y cargaba con cariño el librito de *Las Confesiones* de San Agustín. Embargado en su lectura repetía durante semanas a sus amistades: "No conozco un libro viejo, más moderno".

Tenía razón Don Manuel Machado. *Las Confesiones* de San Agustín, historia de un intelectual convertido, con dieciséis siglos de vigencia, reflejan el vivo retrato de la angustia espiritual de muchos intelectuales de nuestros días.

Son los genios, productos eminentes y ejemplares de la humanidad. Entre ellos San Agustín, recoge una mezcla de rasgos tan humanos y tan universales, que son muchos los que pueden verse retratados en las inspiradas páginas de sus *Confesiones*.

Hijo de una madre santa y un padre pagano.-

Nació Aurelio Agustín en Tagaste, cerca de Madaura, en la Numidia Cartaginense, en tierras de la actual Argel, al Norte de Africa. El día 13 de noviembre del presente año cúmplase

16 siglos de su nacimiento.

El año 354, a mitad del siglo cuarto, puede considerarse como punto culminante del gradual ascenso del Imperio Romano a su definitiva incorporación al cristianismo. Período de mezcla inevitable de iniciativas cristianas y resabios paganos, muy semejante al que vive hoy el Mundo Culto Occidental en lamentable retroceso hacia el paganismo.

Como sucede también hoy con harta frecuencia, el niño se levantó en un hogar en que su padre, Patricio, era pagano, y su madre, Mónica, era una santa.

Agustín resultó muchacho vivo e inteligentísimo; normal en sus gustos y reacciones. Sobresalía en la escuela; era amigo fiel; y prefería, a los de su casa, las frutas del huerto ajeno, porque era ajeno. No se le bautizó en la infancia con gran sentimiento de su santa madre. Al parecer, hasta la edad crítica de la pubertad, sus costumbres fueron honestas y bastante conformes con el criterio maternal.

La crisis de la Pubertad.-

Agustín estudió las primeras letras en Tagaste. Las humanidades, en Madaura. Interrumpidos los estudios a los 15 años, su padre, con dispendioso esfuerzo, le envió un año más tarde a cursar estudios de retórica (o abogacía) en la Metrópoli Africana de Cartago. Precisamente entre los 15 y 16 años sufrió la Crisis de la Pubertad, que describí de mano maestra en el libro de *Las Confesiones*. La actitud del padre pagano y de la madre cristiana en aquel momento trascendental de su vida parecen una copia de tristes realidades actualísimas.

"En aquel tiempo de mi adolescencia deseaba ardientemente saciarme de las cosas de acá abajo, y al modo que un árbol nuevo brota por todas partes espesas y frondosas ramas, yo también me entregué osadamente a varios y sombríos afectos y pasiones, con lo cual se afeó la hermosura de mi alma; y agradándome a mí mismo, y deseando agradar y parecer bien a los ojos de los hombres, vine a ser hediondez y corrupción en los vuestros.

Luego, pues, que en dicho año 16º de mi edad comencé a estar con mis padres, como estaba sin ocupación y apartado por entonces del estudio por falta de medios, crecieron tanto con la ociosidad las espinas de mi incontinencia, que me cubrían todo de pies a cabeza, y no había quien me las arran-

cara. Antes bien al contrario, una vez que estando yo en el baño me vió mi padre con señas de pubertad, como lisonjeándose ya con la esperanza de tener nietos, se lo fué a contar a mi madre muy alegre y gozoso. Mas como ya habías comenzado a hacer templo vuestro del corazón de mi madre, y a tener allí vuestra santa habitación (pues mi padre era sólo catecúmeno, y había poco que lo era), mi madre se estremeció y sobresaltó con un piadoso temblor y santo miedo; pues aunque todavía no estaba yo bautizado, temió que seguiría aquellas torcidas sendas por donde caminan los que os vuelven las espaldas, en lugar de caminar mirando siempre a Vos... Bien me acuerdo que mi madre deseaba mucho tomarme a solas, para amonestarme muy seria y encarecidamente, como lo ejecutó, que no tuviese trato ilícito con mujer alguna, y especialmente con mujer casada; pero a mí me parecían éstos unos consejos mujeriles a los cuales me daría vergüenza obedecer... Corría tan ciegamente al precipicio, que me avergonzaba de no ser tan desvergonzado como otros compañeros de mi edad; porque yo les oía jactarse de sus maldades, y gloriarse tanto más de ellas, cuánto más reas y más torpes, con lo que me aficionaba a sus vicios, no sólo por el deleite, sino también por el deseo de alabanza”...

La Crisis de la Fe.

Como sucede a tantos jóvenes de nuestros días, a la crisis de las costumbres, siguió la Crisis de la Fe. Se enredó en amores ilícitos; pronto tuvo un hijo natural en la ciudad de Cartago; acaparó su atención el teatro y el juego; y sintió desprecio por La Biblia, por encontrar su estilo excesivamente llano y sencillo. Huía de la moral cristiana, porque la moral cristiana condenaba sus costumbres.

Pero sentía la necesidad de Dios; su enorme inteligencia le reclamaba la verdad; su noble voluntad le inclinaba al bien. Se enfrascó en la lectura de los filósofos; examinó por su propia cuenta las categorías de Aristóteles; y quedó prendado particularmente de Marco Tulio Cicerón, no solamente por su maravilloso estilo, sino también por su humanísima filosofía. Un amigo le enfrascó en el estudio de la Astrología, pero muy pronto descubrió sus errores. Debatíase su mente, sobre todo, en el problema del mal; y ello le arrastró inesperadamente hacia la secta esotérica del Maniqueísmo, en cuyas redes

quedó envuelto durante nueve años en la misma forma en que ciertos artistas, psicólogos e intelectuales curiosos de nuestros días, caen, al abandonar la verdadera fe, en la maraña esotérica de la teosofía o el rosacrucismo, herederas directas del maniqueísmo.

La Doctrina Esotérica del Maniqueísmo.

Estaba de moda, en la época decadente del Imperio Romano, la doctrina esotérica del Maniqueísmo, mezcla confusa de doctrinas indúes y persas, que al encontrarse con los Misterios de la Fe Cristiana, formaron un extraño laberinto que acuciaba la curiosidad de los intelectuales de la época, poco amigos de la rígida austeridad de la verdadera Doctrina de Cristo.

El Maniqueísmo tomó su nombre de Manes, persa; y su doctrina parte del fundamental error de admitir dos principios coeternos y opuestos: el principio del bien; y el principio del mal. Cuando estas dos sustancias pelearon entre sí, se mezcló el bien con el mal. De esta mezcla nació el mundo. También los elementos eran dobles: cinco buenos y cinco malos. De los buenos habían dimanado las virtudes santas; y de los malos los príncipes de las tinieblas. Los elementos malos eran: el humo, las tinieblas, el fuego, el agua y el viento. Los cinco buenos: el aire, la luz, el fuego bueno, el agua buena y el viento bueno.

Los maniqueos hicieron a San Agustín tres preguntas, a las que no tenía respuesta: De dónde procedía lo malo; si tenía Dios forma corpórea; si se habían de tener por justos los que tenían muchas mujeres a un tiempo. “No había llegado todavía a conocer, confiesa San Agustín, que no es otra cosa el mal sino privación del bien, hasta llegar al mayor mal, que es la nada, y privación de todo bien...; tampoco había llegado a conocer que Dios era puro espíritu...; ni había llegado a conocer aquello en que consiste la justicia interior y verdadera, que no arregla sus juicios por la costumbre, sino por la ley rectísima dada y establecida por un Dios Todopoderoso...”

Pronto se encontró San Agustín enredado en el laberinto de los símbolos, cábalas, fábulas y tergiversaciones del sincretismo gnóstico de los maniqueos. Pero muy pronto también pasó de interrogado a interrogador. Como sucede hoy con el rosacrucismo, sus nuevos maestros tuvieron al principio una fácil respuesta: “Usted no ha llegado todavía sino a las primeras fases de la ini-

ciación. En fases superiores encontrará Ud. solución a todas esas dificultades". Pero llegaron las fases superiores de iniciación y el genio de San Agustín encontraba cada día más deficiencias y abrumaba con nuevas preguntas a sus maestros. Estos acudieron por fin al supremo subterfugio: "Todo esto se lo explicará a usted nuestro Obispo Fausto". "Los demás de su secta, dice San Agustín, con quienes yo había tratado, y que no sabían responderme a las preguntas y objeciones que yo les hacía en esas materias, todos me prometían que vendría ese Fausto, y que con su venida y comunicación todas aquellas dificultades y otras mayores que propusiese, se me resolverían con grandísima facilidad y solidez".

El desengaño.-

Llegó por fin Fausto. "Luego que vino experimenté que era un hombre agradable y gustoso en su conversación y que las mismas cosas que decían ellos comúnmente las parlaba él con mucha más gracia... De modo que aquella grande ansia con que ya había esperado tantos años a aquel hombre, se satisfacía en parte por el gusto que causaba el oírle disputar. Yo confieso que me deleitaba en oírle, y le alababa y ensalzaba con otros muchos, y también mucho más que ellos; pero me era muy sensible, que entre tanta gente como le estaba oyendo en público no se me permitiese el proponerle mis dudas... Luego que pude lograr esto, y acompañado de mis amigos comencé a hablarle, en ocasión y oportunidad que hacía decente nuestra disputa, alternando él y yo nuestras razones y réplicas, y le puede proponer algunas de mis dificultades; conocí inmediatamente que no tenía siquiera una tintura de las artes liberales, a excepción de la gramática, que la sabía medianamente y de un modo muy común... Es verdad que aunque él ignoraba aquella ciencia y las resoluciones de mis dudas, pudiera saber las verdades tocantes a la piedad y religión, si no fuera maniqueo. Los libros de esta secta están llenos de prolijas fábulas acerca del cielo y de las estrellas, del sol y de la luna; cuyas doctrinas ya conocía yo que no podía él explicármelas con la delicadeza que era necesaria, y como yo quería; esto es, cotejándolas con el cálculo de los astrónomos que yo había leído en otros libros, para ver, mediante este cotejo, si eran menos fundadas las razones de dicho cálculo y números, que las que se contienen en

los libros de los maniqueos, o si igualmente se hallaba la razón en unos y en otros. Pero luego que le propuse estas cosas para que las considerase y resolviese, él verdaderamente procedió con tal modestia, que ni aún se atrevió a tomar sobre sí esta carga, porque conocía que no sabía nada de esto, ni tampoco se avergonzó de confesarlo... No era tan ignorante que no conociese su ignorancia y así no quiso meterse temerariamente a disputar de aquellas cosas que le habían de poner en aprietos y estrechuras, de donde no pudiese salir ni volver atrás; y por esto también me agradó más..."

Pero el conato y ahinco con que yo había determinado hacer progresos en aquella secta se acabó de todo punto, luego que acabé de conocer la poca instrucción de Fausto."

¡Cuántos ingenuos rosacrucistas de nuestros días podrían encontrar su retrato en el fracasado maniqueo San Agustín.

El influjo de San Ambrosio.-

El retórico de Cartago no se despidió del todo de la secta maniquea. Muchas de las preocupaciones de la secta habían arraigado en su mente. Formaban además los maniqueos por todas las ciudades del Imperio una suerte de sociedad de protección mutua, muy semejante a la moderna masonería. Agustín ya no creía en sus fábulas, pero aprovechó en sus dos nuevas residencias y Cátedras de Retórica en Roma y Milán la ayuda eficaz de su propaganda.

En Milán, y cuando ejercía funciones importantes de abogado imperial fue a encontrarlo su santa madre. Su padre había fallecido, haciéndose bautizar a la hora de la muerte.

Vivía ahora Agustín la última y definitiva crisis de su inquieto espíritu: la crisis del retorno a la fe, la crisis de su conversión.

Habiase retirado a una quinta a meditar con su madre y varios amigos, que compartían con él dudas e inquietudes trascendentes. Nebridio le arrancó de la cabeza el resabio maniqueo de imaginarse a Dios al modo de un ente corpóreo. Pronto halló también la solución al problema del mal. La filosofía platónica le facilitó la comprensión de la Divinidad del Verbo. Le conmueve profundamente la conversión del célebre orador romano, Victorino, a la Fe de Cristo. Ponticiano le cuenta la vida de San Antonio Abad y se informa de que en Tréveris y en la propia Milán hay monjes que lo han imitado; cortesanos que han huído a la vida del de-

sierto. Lee con devoción los Libros Sagrados. Su santa madre, que con sus lágrimas estaba logrando de Dios su conversión, lo lleva a la amistad de San Ambrosio.

Ambrosio era, como Agustín, retórico y jurista. Había escalado las más altas magistraturas del imperio en las provincias del Norte de Italia, cuando —todavía catecúmeno— fue elegido, por aclamación del pueblo, Obispo de Milán.

Al llegar de Roma el nuevo maestro de retórica, visitó al prestigioso Obispo, constituido ya en oráculo de Occidente y consultor de los Emperadores. "Aquel hombre, todo de Dios, me recibió con un agrado paternal, y todo el tiempo que estuve allí, aunque extranjero, me trató con el amor y caridad que debía esperarse de un Obispo. Yo también comencé a amarle, aunque al principio le amaba, no como a doctor y maestro de la verdad, sino como a un hombre que me mostraba benignidad y afición..."

Agustín se convirtió en asiduo asistente a sus homilias. "Yo le oía cuidadosamente cuando predicaba y enseñaba al pueblo, aunque mi intención no era la que debía ser, pues iba a explorar su fecundia y elocuencia, y a ver si era correspondiente a su fama, o si era mayor o menor de lo que se decía... Pero abriendo mi corazón para recibir la discreción y elocuencia de estas palabras, se entraba al mismo tiempo la verdad de sus sentencias; primeramente comencé a sentir que también aquellas doctrinas podían defenderse, después ya juzgaba que positivamente se podía afirmar con fundamento la fe católica..."

Por mediación de su madre, Mónica, "que amaba y respetaba aquel varón santo como un ángel de Dios, porque presentía con toda certidumbre que era el medio por donde había yo de pasar desde mi dolencia a la sanidad..."

Agustín fue estrechando sus relaciones de amistad con San Ambrosio. Lo visitaba en su casa cuando, después de sus ocupaciones, el Santo Obispo se dedicaba a la lectura. "Muchas veces me hallaba yo presente en esta lectura, pues a ninguno se le prohibía entrar, ni había costumbre en su casa de entrarle recado para avisarle quien venía; y siempre le ví leer silenciosamente... En tales casos después de haberme estado sentado y en silencio por un gran rato (porque ¿quién se había de atrever a interrumpir con molestias a un hombre que estaba tan embebido en lo que leía?) me retiraba de allí conjeturando que él no quería que le ocupasen en

otra cosa aquel corto tiempo que tomaba para recrear su espíritu..."

Los sermones y conversaciones de San Ambrosio convencieron gradualmente a San Agustín no sólo del error de los maniqueos, de que ya estaba persuadido, sino de que eran falsas las imputaciones que hacía aquella secta sobre la interpretación de La Biblia por los católicos. San Ambrosio, sus propias meditaciones y las discusiones con sus amigos le llevaron por fin definitivamente a la persuasión de que la verdad estaba en la religión católica. Pero su bautismo fue retardándose por meses y años. La conversión no supone solamente la convicción de la mente, sino una determinación generosa de la voluntad.

La Victoria del Espíritu sobre la Carne.-

Agustín estaba decidido al bautismo. Se habían desvanecido todas sus dificultades intelectuales. Pero la voluntad estaba aún flaca. Despachó a su primera amante al Africa; pero al poco tiempo, vencido de la carne, tomó una nueva querida. "El enemigo estaba hecho dueño de mi voluntad, y había formado de ella una cadena con la cual me tenía estrechamente atado... Y aquella nueva voluntad que comenzaba yo a tener de serviros graciosamente y gozar de Vos, Dios mío, que sois el único y verdadero gozo, no era bastante fuerte todavía para vencer la otra voluntad, que con el tiempo se había hecho robusta y poderosa. Así estas dos voluntades, una antigua y otra nueva; aquella carnal, esta otra espiritual, batallaban entre sí y con esta discordia disipaban y destruían a mi alma".

"Mañana, mañana" repetía el Santo. Y con su poderoso ingenio se replicaba así mismo: "Si mañana, por qué no hoy? ¿Si hoy no, por qué mañana?"

Dos hechos decidieron finalmente el golpe definitivo de la gracia: La narración de la conversión del orador romano Victorino; y la historia de San Antonio Abad, relatada por su amigo Ponticiano.

Al acabar de hablar Ponticiano... "Vos, Señor, me obligásteis a que volviese en mí y me considerase; haciendo que todo el feo semblante de mi mala vida, que yo había echado a las espaldas por no verme, se me pusiese delante de mí para que viese cuán feo era, cuán descompuesto y sucio, manchado y lleno de llagas... Me volví hacia Alipio aptropelladamente, y exclamé diciendo: ¿Qué es esto que pasa por nosotros? ¿qué es lo que nos sucede? ¿qué es esto que has oído? Levántanse de la

tierra los indoctos, y se apoderan del cielo; ¿y nosotros con todas nuestras doctrinas sin juicio ni cordura, nos estamos revolcando en el cieno de la carne y sangre?

Arrebatado de una profunda conmoción interior se retira al huerto de la casa, seguido de su amigo Alipio. "Sentámonos lo más lejos que pudimos de la casa, y allí bramaba yo enfurecido e irritado contra mí mismo, reprendiéndome con un enojo inquietísimo el que retardase el ir a abrazarme con Vos, Dios mío".

La dificultad estaba en la continencia. El Señor le hizo sentir como en visión aquella virtud, "que se me representaba con un rostro sereno, majestuoso y alegre, con cuya gravedad y compostura honestamente me halagaba para que llegase a donde ella (la continencia) estaba y desechase enteramente todas las dudas que me detenían; además de esto extendía sus piadosos brazos para abrazarme y recibirme en su seno lleno de gran multitud de continentes, con cuyo ejemplo me alentaba. Allí había innumerables personas de diferentes edades; allí una multitud de mozos y doncellas; allí otros muchísimos de mayor edad, venerables viudas y vírgenes ya ancianas; pero en todas estas innumerables personas no era la continencia y castidad estéril, antes bien era fecunda y abundante de alegrías y gozos espirituales, nacidos de teneros a Vos por esposo. Y la continencia, como burlándose de mí con una risa graciosa que convidaba a seguirla, parece que me decía: Pues qué ¿no has de poder tú lo que han podido y pueden todos éstos y éstas? ¿Por ventura lo que éstos y éstas pueden lo pueden por sus propias fuerzas o por las que la gracia de su Dios y Señor les ha comunicado? Su Dios y Señor les dió la continencia; pues yo soy dádiva suya.

"Luego que por medio de estas profundas reflexiones se conmovió hasta lo más oculto y escondido que había en el fondo de mi corazón y junta y condensada toda mi miseria, se elevó cual densa nube, y se presentó a los ojos de mi alma; se formó en mi interior una tempestad muy grande que venía cargada de una copiosa lluvia de lágrimas. Para poder libremente derramarla toda y deshaogarme en los sollozos y gemidos que le correspondían, me levanté de donde estaba con Alipio, conociendo que para llorar me era la soledad más a propósito; y así me aparté de él cuanto era necesario, para que ni aun su presencia me estorbase. Tan

grande era el deseo que tenía de llorar entonces: bien lo conoció Alipio, pues no sé qué dije al tiempo de levantarme de su lado, que en el sonido de la voz se descubría que estaba cargado de lágrimas y como reventando por llorar; lo que a él le causó extraordinaria admiración y espanto, y le obligó a quedarse solo en el mismo sitio en que habíamos estado sentados.

"Yo fui, y me eché debajo de una higuera; no sé cómo ni en qué postura me puse; mas soltando las riendas a mi llanto, brotaron de mis ojos dos ríos de lágrimas, que Vos, Señor, recibisteis como sacrificio que es de vuestro agrado... Estaba yo llorando con amarguísima contrición de mi corazón cuando he aquí que de la casa inmediata oigo una voz como de un niño o niña que cantaba y repetía muchas veces: **Toma y lee, toma y lee. Yo mundando de semblante me puse luego al punto a considerar con particularísimo cuidado, si por ventura los muchachos solían cantar aquello o cosa semejante en alguno de sus juegos; y de ningún modo se me ofreció que lo hubiese oído jamás. Así reprimiendo el ímpetu de mis lágrimas me levanté de aquel sitio, no pudiendo interpretar de otro modo aquella voz, sino como una orden del cielo, en que de parte de Dios se me mandaba que abriese el libro de las Epístolas de San Pablo, y leyese el primer capítulo que casualmente se me presentase.**

A toda prisa volví al lugar donde estaba sentado Alipio, porque allí había dejado el libro del Apóstol, cuando me levanté de aquel sitio. Agarré el libro, le abrí, y leí para mí aquel capítulo que primero se presentó a mis ojos, y eran estas palabras: **No en banquetes ni embriagueces, no en vicios y deshonestidades, no en contiendas y emulaciones; sino revestíos de Jesucristo y no empleéis vuestro cuidado en satisfacer los apetitos del cuerpo...** No quise leer más adelante, ni tampoco era menester porque luego que acabé de leer esta sentencia, como si se me hubiera infundido en el corazón un rayo de luz clarísima, se disiparon enteramente todas las tinieblas de mis dudas".

Había triunfado la Gracia. Pronto la Catedral de Milán vió acercarse al retórico Aurelio Agustín a recibir el santo bautismo de manos del Obispo Ambrosio. "Alipio quiso también acompañarme en renacer a Vos, para lo cual se había preparado con la grande humildad que requieren vuestros Santos Sacramentos... Juntamos también con nosotros al joven Adeodato, que era mi

hijo natural, fruto de mi pecado; pero Vos, Señor, le dotásteis de unas cualidades muy buenas y excelentes... Juntamos, pues, a Adeodato con nosotros para que en la vida de la gracia fuese nuestro coetáneo, y para continuar educándole con arreglo a vuestra Ley y Doctrina. Finalmente recibimos el bautismo (25 de abril del año 387); y luego al punto se nos quitó aquel cui-

dato en que nos tenía la memoria de nuestra vida pasada".

Había terminado la angustia. Descansaba en Dios.

Agustín, en sus fragilidades, en su angustia espiritual, en sus generosas decisiones, sigue siendo —a los diez y seis siglos de su nacimiento— un hombre moderno, un valor eterno.

M. AGUIRRE ELORRIAGA, S. J.

